

SANDRA BREE

LIBERTY  
Y EL SARGENTO  
DE POLICÍA



*¿Crees en las segundas oportunidades? Álex cambió el rumbo de su vida..., y regresó al punto de partida.*

Todo parece haberse detenido en el tiempo. La gente, sus edificios, ella...

Álex no puede creer que haya tenido que regresar al lugar donde todo comenzó, y mucho menos encontrar de nuevo a Liberty, su antigua novia. La chica de la que se enamoró locamente. Pero ahora han pasado los años y ya no son unos niños.

Liberty también está sorprendida. Había creído que nunca iba a volver a ver al muchacho que destrozó su corazón y al que tuvo que alejar de su vida para no verlo caer en el profundo abismo de las drogas.

Sin embargo él ha regresado... y ahora es sargento de policía.

## Índice de contenido

Cubierta

Liberty y el sargento de policía

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Epílogo

Nota de la autora

Sobre la autora

Notas

## Prólogo

Alex Koen maldijo al menos veinte veces antes de llegar a su apartamento en el centro de Dublín, y otras tantas cuando salió de la ducha recién afeitado. Se detuvo en el vano de la puerta del dormitorio fulminando los muebles con sus, en esos momentos, fríos ojos azules.

Estaba furioso. Tantas veces queriendo dejar de lado su pasado e intentado enterrar los malditos recuerdos en un rincón de su mente, que ahora que su jefe, el comisario de policía, ordenaba su nuevo cometido, todo se desataba en su cabeza como si hubiese abierto la caja de Pandora llegándole a oprimir la sien. ¡No quería volver al punto de origen! ¡Detestaba el lugar donde todo había comenzado, donde su paraíso se volvió infierno, donde perdió tanto...! Y, sin embargo, debía regresar.

Fue inevitable no pensar en su padre. Ese pobre borracho, desgraciado. ¿Lo habría matado ya la cirrosis? De ser así no se alegraba, pero tampoco le partía el alma. Entre ellos todo había ido mal desde siempre. En parte porque Alex lo culpaba a él y a su maldita adicción alcohólica de lo que sucedió con Rex, su hermano mayor. Y lo culpaba, no de meterse en un bar a esperar a que todos los problemas se solucionaran por sí solos y salir cuando las piernas casi ni le respondían. No, lo culpaba de proferir gritos e insultos cada vez que hablaban, o de que se dirigiera a sus hermanos con su típico «Vagos de mierda, toda vuestra vi-

da seréis unos perros». No, de eso tampoco; de lo que realmente lo culpaba era de haber llevado a toda la familia a vivir a ese barrio de mala muerte, famoso por ser el mercado de la droga y de las putas. *Na sneachta*<sup>[1]</sup>.

Si Alex había soportado algo más antes de salir huyendo de allí, lo había hecho por ella.

Mordiéndose la lengua con rabia, lanzó con potencia la maleta sobre la ancha cama. Ella era la última persona en la que quería pensar, porque la odiaba tanto como la amaba.

Con mala leche, comenzó a sacar la ropa del armario y tardó un buen rato en darse cuenta de que el timbre de la puerta sonaba insistente. Con largos pasos se acercó para abrir. Su amigo Callum lo miró de arriba abajo.

—¿Qué pasa, Alex? Acabo de ser informado del nuevo destino.

—Pasa, estoy haciendo el equipaje. —Volvió a la habitación con Callum pisando sus talones.

—Imagino que esto será para ti una putada, aunque es obvio que eres el más indicado para ello. Te conoces la zona y la gente mejor que nadie.

Alex asintió al tiempo que apretaba los dientes con fuerza.

—Siempre soñé que un día iba a llegar alguien a ese lugar y pondría en orden las cosas. Alguien que al final convirtiese esa área en un sitio seguro y tranquilo. Pero nunca se me pasó por la cabeza que yo pudiese estar involucrado en ello.

Callum cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró preocupado.

—Tú ya no perteneces a eso, tío. Deja de martirizarte.

Alex negó con la cabeza y tomó asiento sobre la cama al tiempo que frotaba su cara.

—No puedo desprenderme de esa lacra, Callum. Mi familia sigue allí, primos, sobrinos, colegas... Los conozco a

todos. ¿Qué crees que pensarán cuando se enteren de que voy a joderlos a todos?

–Joderlos a todos son palabras mayores. Ellos no van a verlo así.

Arqueó las cejas con escepticismo.

–¿Ah, no? Se acojonarán pensando que voy a ponerlos a todos en peligro. ¡Es como si los expusiera para que todas las represalias cayeran sobre ellos!

–Te agradecerán que quieras protegerlos. –Chasqueó la lengua—. Tú no eres de los que ponen excusas, Alex.

–Aborrezco ese sitio.

–Lo sé, y si estuviese en tu lugar, también tendría mis dudas en regresar, pero no olvides que voy a estar contigo y...

–Te agradezco que intentes animarme, pero...

–No, espera, no me interrumpas, Alex. –Callum des-cruzó los brazos y caminó hacia la ventana sin dejar de mirarlo—. Eres uno de los mejores compañeros que he tenido y, a pesar de nuestras diferencias iniciales, confío en ti tanto como en mí mismo. Lo que tuviste en el pasado, lo que viviste, no es lo que tienes ahora. ¿Qué crees que sucederá cuando tu madre vuelva a verte, tío? –Alex sacudió la cabeza, no quería pensar en ellos—. Te lo voy a decir yo. Se va a sentir orgullosa de ti y de tus logros. ¿Y esa mujer? ¿Cómo era su nombre? ¿Liberty?

Alex se puso en pie cuando sintió un pellizco en la boca del estómago. Conocía esa sensación. Rabia, ira... furia. Hacía tanto tiempo que no escuchaba ese nombre que, de forma involuntaria, se contrajeron los músculos de su cara.

–No quiero que me hables de ella.

Callum frunció el ceño, confuso.

–Es eso lo que te tiene tan alterado, ¿verdad?

–Callum, te lo advierto...

–¿Por qué detestas tanto a esa chica? Ella te protegió la vida empujándote a salir de allí.

Alex gruñó. Se revolvió la melena castaña clara y siguió vaciando los cajones de la cómoda.

–Las cosas no fueron del todo así –se atrevió a decir sin mirarle.

Callum arqueó las cejas. Era un tipo moreno de estructura corpulenta. A pesar de ser un hombre alto, Alex superaba su tamaño en varios centímetros.

–¿Y cómo fueron?

–Déjalo estar, de verdad, no quiero hablar de ella.

–Merezco saberlo, Alex, estamos en esto juntos –insistió.

Alex calló durante unos minutos que a Callum se le antojaron interminables, pero acabó por asentir. Pensó que, tal vez si se desahogaba con él, pudiese liberar la rabia que le consumía.

–Cuando conocí a Liberty ella apenas tenía quince años y estaba saliendo con un tipo mayor, un amigo de mi hermano Rex. En verdad la conocí por ellos –recordó con nostalgia–. Era muy bonita, con unos ojazos grises como pozos y el rostro más inocente y angelical que puedas imaginar, al menos eso creí yo, que era inocente. El caso es que me quedé todo pillado con ella nada más conocerla, soñaba con que dejaba a Brian y salía conmigo. Y exactamente pasó eso, y se convirtió en mi chica. ¡Ya puedes imaginar cómo estaba! Era un gallito de corral. Por aquel entonces, Rex estaba teniendo problemas.

–¿Con las drogas?

–Sí, y también se lío con una tía a la que dejó preñada. Al principio se llevaban bien, pero cuando nació el chiquillo, no le permitieron que lo conociese, ni siquiera acercarse a él. Fue entonces cuando cayó en la mierda de la heroína. –Alex cerró los ojos visualizando a su hermano–. ¡Lo teníamos tan cerca! ¡Al alcance de nuestras manos!

–¿Nunca conoció a su hijo?

–La cabrona le mandó una fotografía que él guardaba como oro en paño, quizá fue lo único que nunca vendió.

Callum quiso saber más.

—¿Qué pasó entre Liberty y tú?

Alex pareció ponerse más nervioso de repente y él palmeó su espalda infundiéndole confianza.

—Durante unas fiestas bebí más de la cuenta y ella quiso que nos fuéramos a casa. A mí me daba lástima que no gozase de la noche por mi culpa y, como mi hermano Robert me dijo que no me preocupase, que él se encargaba de cuidarla, la convencí para que se quedase. —Apretó la mandíbula con fuerza—. Los muy cerdos se liaron a mis espaldas.

Callum aspiró con fuerza.

—¡Robert es un... hijo de puta! Y no lo digo por tu madre, ella no tiene la culpa. ¿Cómo pudo hacerte eso?

—Según él, fue Liberty quién le provocó. Él lo hizo solo para demostrarme que ella era una chica fácil y que no valía la pena. Todos éramos muy jóvenes. Incluso Robert en aquella época tenía novia.

—¡Joder! ¿Tenía novia? —repitió boquiabierto.

—Sí, pero ella nunca se enteró. No querían hacerla sufrir.

—¡Qué fuerte! No sé cómo tuvo las pelotas de hacerte algo así. Tu propio hermano.

—Bueno, él suponía que para eso estaba él, para abrirme los ojos. Después de aquello rompí con Liberty unos días más tarde y empecé a tontear con otras tías. Al principio solo era con la intención de darle celos, sin embargo, más tarde comencé con las pastillas. —Miró a Callum con fijeza—. Liberty vino a verme un día. Yo creí que me iba a suplicar que volviésemos o algo así. Lo habría hecho, te lo juro. La necesitaba, echaba de menos estar con ella... pero no fue así. Me dijo que me mirase, que estaba arruinando mi vida y que iba a terminar como Rex. Me aconsejó que huyera del barrio, que saliese de la mierda en la que me había metido y empezase mi vida de cero. —Alex suspi-

ró. La historia estaba contada a grandes rasgos pero, en definitiva, había sido así—. Y eso mismo fue lo que hice.

—Pues fue una chica bastante sensata. ¿No sabes nada de ella y de tu familia desde entonces?

Alex negó. Lanzó las camisetas sobre la maleta.

—¡Y malditas las ganas que tengo de hacerlo!

Callum se dirigió a la puerta necesitando una copa.

—Seguramente las cosas han cambiado mucho desde que te fuiste. Puede que ya ni siquiera esté la mayoría de la gente, e incluso tal vez Liberty se haya casado y tenga su propia familia. —No vio como Alex se tensaba como la cuerda de un arco—. A lo peor, tu padre se ha muerto. ¡Vete tú a saber lo que ha ocurrido en estos años! Por cierto —se detuvo unos pasos antes de salir y se giró para mirarle—, ¿ella nunca te dijo por qué se lío con tu hermano?

—No quise saberlo. No creo que ninguna excusa me hubiera servido.

Conforme, Callum fue a buscar su copa. Las declaraciones de su amigo le habían dejado un mal sabor de boca. Ahora entendía que fuese un tipo tan desconfiado y frío.

—¿Sabes? Tiene gracia —dijo Alex tras él, sorprendiéndole. Callum le ofreció una copa y él aceptó—. Cuando sucedió aquello llegué a pensar que sin Liberty no iba a poder seguir viviendo. Reconozco, por muy cursi que te parezca, que derramé un montón de lágrimas por ella, pero todo eso ya pasó. —Se golpeó el pecho haciéndose el duro—. No he vuelto a sentir nada parecido por nadie y, para serte sincero, no creo que vuelva a enamorarme.

—¿Quién quiere hacerlo cuando hay tantas mujeres disponibles?

Alex no pudo evitar darle la razón. Ambos brindaron por su nueva misión. Iban a erradicar a los traficantes de las *túir sneachta*<sup>[2]</sup> para que el Ayuntamiento pudiese rehacer el barrio con locales y centros comerciales. Eso era lo único que debía importarles.

# Capítulo 1

## *Na sneachta, Sur de Dublín*

Alex detuvo la Honda CBR en la entrada de su antiguo barrio y, por un momento, todo quedó en silencio al extinguirse el rugido del motor. Sin bajarse, observó los altos edificios que se recortaban al fondo. De todos los cambios que habían hecho en la zona, aquellas dos torres dejadas de la mano de Dios seguían estando allí. Imperecederas.

Solo la chispa acerada que encendió sus ojos durante unas décimas de segundo a través del visor del casco negro mate, reveló todo lo que sentía por aquella edificación. Por las abominables formas que se asemejaban a dos gigantes de hierro y piedra que miraban al pueblo convencidos de la presumible destrucción de la que hacían gala.

Las odiaba. Las odiaba al tiempo que las temía.

Las dos estructuras se alzaban orgullosas, provocando, llamando, susurrando. Había cosas nuevas en el barrio, sin embargo, sus ojos fueron incapaces de apartarse de allí, de tratar de ver por las diminutas ventanas alguna sombra, alguna cara. El fantasma del pasado.

Llevaba la cazadora de cuero y, aun así, sentía como se erizaba todo el vello de su cuerpo. La corriente eléctrica que le atravesaba el pecho con la sutileza de una daga.

Se enfadó.

¿Por qué seguían estando allí?

Las malditas torres que tantas vidas habían arruinado, que tantas crueldades habían visto. El gran símbolo de la maldad, el foco de la enfermedad, el hogar de los desalmados, de los miserables, de los pobres dependientes. El mal para muchos y la bendición para el resto, el paraíso de la decadencia, de la inmundicia... de la droga.

Se enfadó y no pudo evitarlo. Se le venían a la cabeza momentos, sucesos... Las luces azules girando sobre los techos de los coches patrullas. Las sirenas de las ambulancias y los ruidos metálicos de las camillas.

Apretó los dientes con fuerza sintiendo dolor en su dura barbilla, en el interior de las mejillas, en los mismos dientes. ¿Cómo había podido olvidarse de las torres? Ellas habían arruinado la vida de muchos conocidos, de amigos, de parientes, de su hermano... Ellas les habían atraído como la miel a las moscas, habían abierto sus puertas robando la inocencia infantil, transformando al hombre en un vil y sucio canalla dispuesto a terminar con la vida de una persona por una mísera dosis de heroína.

La tienda del caballo. El hogar de los yonquis. La puta droga.

Le costó dejar de mirar las torres, y cuando por fin lo hizo, enojado, observó de pasada la plaza en la que se había detenido. En los últimos años había cambiado muchísimo. La antigua fuente que antes adornaba el centro había sido sustituida por una escultura de hierro macizo y alargado formando intrincadas formas. La placa, justo debajo de esa ridiculez, decía «LA PLAZA DEL NUDO».

Volvió a mirar la escultura con escepticismo. Quien hiciera eso estaba pirado, pero quien lo hubiera comprado, seguramente el alcalde, fijo que había sido sobornado. Él prefería la fuente que antes había y que, cuando el equipo del barrio ganaba un partido, se bañaban en sus aguas sucias y malolientes.

Las calles, antes de tierra, ahora estaban cubiertas con una capa de cemento agrietado donde todavía algún brote de hierba hacía el esfuerzo de asomar. Las casas, algunas pintadas recientemente y otras ajadas y descascarilladas por el paso del tiempo, seguían siendo las mismas. Excepto el Ayuntamiento. ¡Qué listos! El edificio más nuevo de fachadas limpias que presidía la plaza junto a la antigua iglesia, que no había cambiado ni en el nido de cigüeña que amenazaba con caer desde el campanario. ¡Cuánta injusticia podía acarrear el dinero y el poder! ¿Qué más daba si el resto del barrio se caía a pedazos? Para esa gentuza lo importante era tener un edificio que les representara. Un sitio en el que ni siquiera se podía comer ni dormir mientras los mendigos buscaban un poco de techo... en las torres.

Con ojos entrecerrados miró a la poca gente que había. Creyó ver a los viejos de siempre sentados sobre un bajo muro resguardándose del hirviente calor de la tarde. Un par de niños jugaban a la pelota casi esperando que alguien saliera a regañarlos por estar prohibido jugar allí con el balón. Descubrió también el bar. Al menos había cambiado más de una docena de veces de dueño, y lo que antes había sido una minúscula terraza con cuatro mesas a lo sumo, ahora se había extendido llenando gran parte de la plaza. Tan solo un par de parejas ocupaban las mesas.

Alex esperaba que por la noche aquello se llenara más. Siempre había sido así. Por el día era un barrio abandonado, y por la noche, gente que no sabía ni que vivía allí, caminaba con sus mejores galas mirando una y otra vez las mismas casas, las mismas calles, las mismas jodidas farolas.

Puso la moto en marcha sin mirar más veces las torres. Ya se hartaría de verlas. Era los únicos edificios más altos que la iglesia, situados en las afueras. Marginados, repudiados. Imponentes.

Quitó el pie que sujetaba la Honda y, en ese momento, vio a la novia de su hermano Robert. La reconoció enseguida. ¿Novia o mujer? Quizá ni siquiera estuviesen juntos ya.

Alex fingió abrocharse la chupa de cuero simulando no conocerla. Ella se acercaba con la intención de pasar a su lado.

Martha no pegaba allí, no concordaba con el barrio, no tenía nada que ver con ellos. Nunca se había terminado de complementar. Y, aun así, seguía estando allí. Como los ancianos de la plaza o las torres. Como el nido de la cigüeña.

Ella vestía una camisa blanca de cuello redondo, una falda vaquera y ajustada que llegaba hasta la mitad de sus muslos y marcaba el trasero. Sus piernas seguían siendo largas, más gruesas que hacía unos años. No había cambiado mucho, aunque no era tan bonita como antaño. Llevaba el cabello teñido en rubio amarillo sobre una estropeada permanente, ojos castaños y un mentón muy prominente que una vez había parecido atractivo y ahora recordaba a una bruja de cuento.

—Perdona, ¿Alex?

Él asintió sin molestarse siquiera en quitarse el casco. ¿Cómo era posible que ella le hubiera reconocido? «No», se dijo. Estaba seguro de que la culpa era de su madre, ella era la única que sabía de su llegada y, con toda seguridad, habría hecho correr la noticia.

Martha lo miró con fijeza de arriba abajo, estudiándolo, y Alex notó el brillo apreciativo en sus ojos. No quiso hacer nada para aliviar la tensión. Giró el acelerador sin moverse del sitio. O ella hablaba pronto o él se marchaba. No sabía por qué, pero su cercanía le incomodaba.

—Vengo de tu casa —dijo ella por fin—. Tu madre nos dijo que vendrías hoy. ¿No me recuerdas? Soy Martha, la mujer de Robert. —Adrede, Alex siguió mirándola a través del visor—. He bajado para comprar unas cervezas. La ver-

dad es que las habían comprado para cuando tú llegaras, pero hace mucho calor, y nos hemos juntado tantas personas...

Ella se puso nerviosa y él se compadeció. Con pereza, se quitó el casco y se pasó la mano por el cabello, revolviéndolo. La miró con atención. Ella se puso más colorada.

–Martha, has cambiado mucho. –Con descaro recorrió con avidez su cuerpo con la vista, deteniéndose en los montículos que conformaban sus abultados pechos y en las piernas–. ¿Cómo va todo por aquí?

–Bueno, ya te darás cuenta. Todo es diferente.

Los ojos azules de Alex brillaron con una mezcla de enfado y diversión. Se cruzó los brazos sobre el pecho y, alzando la barbilla, le regaló una maliciosa sonrisa.

–¡Vaya, pues no me lo ha parecido al llegar! –dijo escéptico. Martha se encogió de hombros–. De modo que tú y Robert os habéis casado.

–Sí. Robert quería que hubieras asistido, pero fue incapaz de localizarte, como te fuiste y nunca más volviste a dar señales de vida...

–No me gustan mucho las bodas.

–Tú también has cambiado –dijo ella espontáneamente cautivada por la intensidad que vio en los brillantes ojos de Alex–. Te veo muy bien.

Incómodo, se puso el casco de nuevo.

–Voy para arriba. ¿Quieres que te suba?

–¡No! –exclamó entre divertida y horrorizada. Pasó con suavidad la mano sobre el mango de cuero del manillar de la Honda–. Me dan miedo las motos. Ve tú, te están esperando. Yo no tardaré mucho.

Antes de que ella se girara en dirección a la tienda, la calle entera rugió y cinco motos de alta cilindrada se abrieron paso por la pequeña plaza.

De manera inconsciente, Martha se acercó mucho más a él, escondiéndose de los recién llegados que, orgullo-

sos, siguieron la vía que terminaba en las torres como si se tratara de un desfile.

Alex miró a Martha por encima del hombro sin dejar de prestar atención a los moteros. Sentía el calor femenino junto a su costado. La mano que se aferraba a su chupa con los nudillos blancos.

—¿Quiénes son?

—Muy mala gente —susurró ella sin apenas despegar los labios—. Respetan a las personas del pueblo —le advirtió—, pero son muy peligrosos y traicioneros.

—¿Son camellos?

Ella tardó un rato en contestar, por lo que al final captó todo su interés y volvió a mirarla con fijeza. Martha estaba muy seria, como si se acabara de colocar una inexpresiva máscara.

—¿Camellos? No sé qué decirte. Se dice que andan metidos en cosas peores. —Se pasó la lengua sobre los labios, y cuando vio que no quedaba ningún motero más en la plaza a excepción de él, se apartó—. No te entretengo más. Compró cervezas y subo ahora mismo.

Echó a andar de prisa y Alex siguió el movimiento de su ostentoso trasero hasta que dobló la esquina.

¡Sí, parecía que habían cambiado muchas cosas!

Con un movimiento escueto, se pasó la mano sobre el cuero de la cazadora y presionó sobre el bolsillo interno. Sintió de inmediato el peso de la USP, la pistola reglamentaria semiautomática de Heckler & Koch. Volvió a mirar por donde Martha había desaparecido y terminó por marcharse antes de que ella pensara que estaba esperándola.